

## LA OPINION PUBLICA EN LA IGLESIA

«Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo».  
(Vat. II.)

La Iglesia, como sociedad visible, integrada por hombres de una época y ocupando un espacio determinado, vive y se desarrolla en la historia. Sus miembros —jerarquía y laicado— no son dos fuerzas en litigio, sino dos formas complementarias, dos funciones típicamente eclesiales, comprometidas en la gloriosa empresa de formar la opinión pública. Ya que la opinión pública —recuerda Pio XII— «es patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres».

La opinión pública tiene cabida en la Iglesia desde el momento que existen dentro de ella materias de libre discusión. Lo contrario —dice el Cardenal Cicognani—, «es no conocer o conocer mal a la Iglesia».

Son tantas las adherencias históricas, herrumbre multiseccular y concepciones caducas que ocultan el verdadero rostro de la Iglesia, que frecuentemente, incluso el mismo creyente no distingue el «cropol del oro», atribuyendo a la fe lo que es una deformación de la misma o fruto de las imperfecciones humanas.

Como cuerpo vivo, la Iglesia carecería de algo fundamental sin la opinión pública. Además, donde no resplandece la fuerza de la verdad y la opinión pública se crean espejismos de fantasía y rumor. Y el mejor modo de salir al paso de los rumores y bulos es la información al público de un modo veraz, serio y responsable.

El Cardenal Köning comenta con extrañeza la actitud de los que minimizan la opinión pública a la altura del siglo veinte. Y añade: «Hay que admitir con lealtad que, en principio, se desconfía de todo lo que presenta un aspecto de excesiva novedad. La conclusión es catastrófica: la Iglesia vive durante algún tiempo al margen de la técnica que, por su novedad y prestigio, ha llevado tras sí a los hombres mejor capacitados. Otro mal, que se ha repetido a través de la historia, es que la Iglesia puede aparecer ante los fascinados ojos de los hombres de todas las vanguardias —filosofía, sociología, técnica— como parapetada en mitos oscurantistas y sin contacto con la vida misma».

La Iglesia, en un arranque de sinceridad y valor, se ha examinado a sí misma ante el mundo entero, ha reconocido sus limitaciones humanas, sus deficiencias, «su necesidad de la misericordia de Dios y del perdón de los hombres...; no oculta sus faltas, sino que las llora... Este aspecto humilde de la Iglesia no sólo existe en el pueblo fiel, sino también, y sobre todo, en los grados más elevados de la jerarquía, que siente más

que ninguno la desproporción entre la misión recibida de Dios y su propia debilidad e indignidad... Pero la Iglesia es santa e indefectible, incluso cuando los hombres de la Iglesia son personalmente defectibles» (Pablo VI).

Ya no extrañará a nadie el «aggionamento» iniciado en la Iglesia. Es decir, la ruptura con un orden existente, legado de generaciones pasadas (falsamente atribuido a Dios, como lo mejor posible), cuyas estructuras e instituciones rezuman un trasnochado feudalismo (léase relaciones señores-siervos). A punto de cumplir los dos mil años, se empieza a reconocer al católico su mayoría de edad; se le espolea, al menos ideológicamente, a no olvidar sus responsabilidades terrenas ante los graves problemas que aquejan a la humanidad, mientras se ocupa de su salvación eterna. Se prohíbe invocar al «dios tapa-agujeros», creado a medida e imagen de nuestro capricho y pereza.

La fe no debe ser reducida a mero talismán de soluciones automáticas (mito o magia), evidentes e inmutables frente a problemas que, creyentes o incrédulos, sólo pueden resolver a través de una investigación penosa en un clima de situaciones históricas de continuo cambio. Brevemente: la Iglesia ha comenzado a abandonar cosas pretéritas, elementos tradicionales o adherencias históricas que, al quedar desfasadas, han perdido su razón de ser. La Iglesia intenta ponerse al día, a la altura de las exigencias del hombre contemporáneo. Pues, en definitiva, se trata de comunicar el MENSAJE EVANGELICO a un mundo pluralista, de mentalidad técnica y progresista, democrática, ecuménica y profana.

El pueblo de Dios, libre y responsable, participa en la edificación de la Iglesia. El laico, pues, dada su forma de vida arraigada en el ambiente ciudadano, está capacitado para comprender los estados de opinión del público en mayor grado que el eclesiástico. De ahí que la Iglesia llame al laico para que tome su parte de responsabilidad. «Si el laico hace uso de este derecho, de un modo y con un método que sorprende a veces, incluso que extraña a la jerarquía eclesiástica... todo esto es válido dentro de las fronteras que el amor mismo de la Iglesia ha trazado» (C. Köning).

La opinión pública en la Iglesia brota de su mismo seno como algo natural y necesario, como una circulación de pensamientos en el que tiene cabida la jerarquía, el laicado y todo hombre de buena voluntad. Debe desarrollarse en un ambiente de mutua confianza, con la libertad de los hijos de Dios y hermanos en Cristo; el diálogo fraterno de mutua caridad y obediencia sobrenatural. Se impone la «tabla redonda» y el contraste de pareceres. Nada de críticas amargas y sin control; nada de dictaduras monolíticas, ególatras y excluyentes.